

“Un país que se basa en la exportación de comodities no puede salir de la periferia de ningún modo.”

Entrevista a Raúl Zibechi¹

Por Aimée Patricia Martínez Vega, Noelia Cisterna,

Mariela Pistarelli y Horacio Machado Araújo²

Por ahí la idea de la conversación es, sobre todo, tratar de hacer un balance del proceso político que se abrió con la llegada del PT al gobierno en Brasil. Entonces, te empezaría preguntando ¿Qué te generó a vos, entonces, el triunfo de Lula, en el 2003? Probablemente haya sido el acontecimiento político o electoral que más esperanzas o expectativas haya generado para los sectores populares de Brasil y de la región.

R.Z.: Hace unos días estuve revisando lo que yo escribí en octubre a diciembre de 2002 cuando se dio el triunfo de Lula, y la verdad es que me sonreía de mi propia ingenuidad porque yo lo que sostenía era que era un triunfo electoral histórico, que iba a influir en todo el continente, que iba a producir un cambio importante en América Latina, y en concreto en Brasil. Esa era mi convicción en ese momento, con un optimismo, yo diría que casi ciego ¿no? Entonces hay que partir de eso. El triunfo de Lula creo que a todas las personas que queremos cambios, que somos de izquierda o como le queramos llamar a esto, o que estamos con los sectores populares, nos llenó de esperanza, de alegría, de expectativas, porque además, a diferencia de otros procesos como el argentino, o incluso como el propio venezolano, Lula representa las tradiciones de la izquierda, es un sindicalista. Fue creado en un periodo muy rico de Brasil donde surgen el PT, la CUT, la Central Sindical, el Movimiento sin Tierra, con una fuerte presencia de las comunidades eclesiales de base, de la teología de la liberación y de la educación popular. O sea, que a diferencia del peronismo o del kirchnerismo, o a diferencia del caso de un militar como Chavez, acá el caso de Lula bebe en las raíces históricas y tradicionales de la izquierda. Esto es una cosa que nos llenaba de esperanza porque éramos nosotros, nuestras tradiciones, las que estaban representadas en un obrero metalúrgico, muy pobre, que llega a la presidencia de Brasil. Después viene lo otro, ¿no? cuando comienza el gobierno de Lula, al poco tiempo se producen varias cosas importantes, empezando por reformas de carácter neoliberal que las encabezaba el ministro Palocci (que recordemos que era Ministro de Economía y que tenía a Henrique Meirelles, un neoliberal consumado, proveniente la gran banca, en el Banco Central), y que hizo una reforma del sistema jubilatorio muy regresiva, que fue de las primeras cosas que hizo el PT, y que provocó la división del PT (se fueron algunos dirigentes históricos, como Eloisa Elena, Plinio de Arruda Sampaio, Chico de Oliveira, y fundan el PSOL). Entonces, ya se empezaban a ver algunas cosas, pero a mí la que más me golpeó en ese periodo, fue el llamado “mensalao”, que fue esas mensualidades que se les pagaban a decenas de diputados para que votaran las cosas que proponía el PT, que en general eran bastante neoliberales, y que provocó la caída de José Dirceu, el segundo

¹ Raúl Zibechi es escritor y pensador-activista uruguayo, dedicado al trabajo con movimientos sociales en América Latina.

² Integrantes del Equipo de Investigación de Ecología Política del Sur. Centro de Investigación y Transferencia Catamarca CITCA-CONICET y Programa de Doctorado en Ciencias Humanas, Facultad de Humanidades, Universidad Nacional de Catamarca. E-Mail de contacto de Horacio Machado Araújo: lachomachadoa@gmail.com

de Lula. Y en ese periodo, también hay que tenerlo en cuenta, renuncia a su cargo Frei Betto, que estaba trabajando en el programa Bolsa Familia. Frei Betto renuncia, dice que no, que no va más, y escribe un libro muy importante que se llama “La mosca azul”. La mosca azul sería algo así como la corrupción, y él dice, bueno, que por suerte...no, por suerte no, por su ética, la mosca azul no me picó.

A partir de ahí hubo un periodo rosado, un periodo virtuoso para el PT, que fue hasta el 2009-2010: una situación económica muy buena, con precios de las commodities muy altos. Brasil exportaba, y sigue exportando, en aquel momento sobre todo mineral de hierro y soja, se desindustrializa el país, pero crece enormemente el superávit fiscal, el superávit comercial y primario, y eso genera un gran flujo de caja para fomentar el consumismo, para generar una situación en la cual, las políticas sociales y el aumento permanente del salario mínimo, crean una condición económica favorable para los sectores populares. Pero a partir de la crisis, que en Brasil se empieza a notar en el 2011-2012, este ciclo positivo cambia de rumbo y comienza un periodo en el cual la alianza con la burguesía brasileña se empieza a resquebrajar, hasta romperse. Los sectores populares, sobre todo jóvenes de clase media-baja y pobres, empiezan una nueva camada de movilizaciones y de nuevos tipos de organizaciones -de las cuales, la más conocida fue movimiento “Pase Libre”-, pero también hay nuevas organizaciones en las favelas y entre las mujeres negras, entre los jóvenes negros, toda una nueva generación de movilizaciones. Y ante esto, se suma a un creciente activismo de las clases medias y medias altas con educación superior, que se hacen muy conservadoras, y que, en definitiva, hacen entrar en crisis las bases sociales del lulismo, que fueron esta enorme alianza, esta brutal alianza, entre la clase media sindicalizada y los empresarios brasileños, que tienen un poder muy fuerte. Ahí comienza a configurarse la coyuntura desastrosa en la que está hoy sumido Brasil.

EPS: Bueno, sí, me parecía importante empezar por ahí, por los orígenes, porque resulta difícil evaluar el contexto actual sin tener en cuenta todo ese escenario de expectativas en la que ingenuamente o genuinamente caímos ¿no? como vos decías, en los inicios de la década. Y ya en este pantallazo que planteaste, me gustaría preguntarte por una definición: en tu libro “Brasil potencia”, hablás de un capitalismo sindical ¿Te parece esa una definición del programa de gobierno del PT? ¿Del proyecto del PT? ¿Una síntesis? ¿Cómo lo caracterizarías? ¿Qué agregarías a eso?

R.Z.: Aquí hay una enorme dificultad. El concepto de capitalismo sindical lo tomo de un pensador portugués, Joao Bernardo³, que es realmente un pensador importante, lo expulsaron de la universidad de Portugal; un tipo que vale la pena conocer. Él busca nuevas definiciones y entiende que hay un doble sector en la clase dominante, que son los propietarios de los medios de producción y de cambio, lo que siempre se ha denominado burguesía, y junto a eso, los gestores. El ya viene planteando esto desde los `80, pero en la crisis de 2008, cualquiera de nosotros ha visto muchas películas, o alguna película, sobre cómo los gestores fueron los que provocaron esta crisis en el sistema financiero, que son personas que no son propietarios, pero que administran los fondos de inversiones y el grueso del sistema financiero, con salarios millonarios, que oscilan en más de un millón de dólares al mes. Buena parte de sus remuneraciones son acciones de las empresas de las que dirigen. Entonces, este es un nuevo sector, el de los gestores, y a mí me parecía importante ver cómo, en el caso de Brasil, este sector estaba constituido en buena medida

3 Joao Bernardo nació en Portugal en 1946. Activista estudiantil, entre 1963 y 1968 fue perseguido, preso político y expulsado por ocho años de todas las universidades portuguesas, lo que lo llevó a exiliarse en Francia entre 1968 y 1974. Fue fundador del periódico “Combate” y escribió diversos ensayos críticos, entre ellos “Para uma teoria do modo de producao comunista” (1975), “Marx, crítico de Marx” (3 volúmenes, 1977), “O inimigo oculto” (1979). El texto al que hace referencia en la entrevista Raúl Zibechi es “Gestores, Estado e Capitalismo de Estado”, publicado originalmente en 1985 por la editora Afrontamiento.



por personas provenientes del sindicalismo, sumado además al hecho de que durante los gobiernos del PT hubo un gran crecimiento de las transnacionales brasileñas, públicas y privadas, y enormes fondos de pensión privatizados de mega empresas estatales, como Petrobras, Banco de Brasil, Caja Económica Federal, y otros. Así, se configuró una subclase de gestores provenientes de los sindicatos y que terminaron o bien administrando esas grandes empresas o fondos de inversión, o bien ya como ministros, o asesores de ministros, jugando un papel muy destacado en la cúspide del poder político, pero también del poder económico. Entonces, esto es un fenómeno relativamente nuevo en el capitalismo actual, que comienza a partir de los '70 en Estados Unidos, cuando se privatizan los fondos de pensiones. En Argentina tiene su propia expresión en el sindicalismo de los gordos, pero en Brasil esto se intensifica y cobra otra dimensión con los gobiernos del PT. Se trata de sindicatos y/o sindicalistas involucrados en la acumulación de capital, y nada menos que en el corazón del sector financiero. Quien dio la alerta sobre este fenómeno es Francisco de Oliveira, un sociólogo, para mí el más importante de Brasil, que fue fundador del PT y luego del PSOL y uno de los más importantes intelectuales de Brasil.

EPS: Bueno, estos análisis me parecen muy interesantes y te diría que los escritos de João Bernardo, anticipan en buena medida las investigaciones de Boltanski y Chiapello sobre el nuevo espíritu del capitalismo, o las lecturas de Dominique Levy sobre la nueva coalición de clases que se configura como la base del neoliberalismo. Digo, se trata de análisis que procuran analizar el fenómeno neoliberal desde la perspectiva de las (reconfiguraciones dadas a nivel de composición de clases y de las interrelaciones de fuerza entre las mismas. En ese sentido, ¿cómo analizas todas estas transformaciones que hubo en Brasil? ¿Cómo ves los reacomodamientos de las estructuras de clases durante el periodo del PT? ¿Hubo simplemente un proceso de movilidad social ascendente o hubo cambios en la correlación de fuerzas a nivel de estructura de clases?

R.Z.: Bueno, habría que ver primero varios estratos distintos, ¿no? Entre los sectores populares lo que hubo fue un aumento de su acceso a bienes, esto que llamamos consumismo, una mejora de la renta de los ingresos, sin modificar su lugar estructural. Esto me parece importante: siguen siendo trabajadores precarios o trabajadores pobres, pero acá hay un fenómeno que lo estudió una socióloga del partido socialista de Brasil, Lena Levinas, que son los efectos de la bancarización de las políticas sociales. O sea el plan Bolsa Familia, es muy poco dinero, pero le permite a los sectores populares acceder a una tarjeta de crédito, porque para cobrar Bolsa Familia tienen que tener una cuenta de banco. Y esa cuenta de banco les permite acceder a una tarjeta, y esa tarjeta les permite comprar la heladera, la cocina, el televisor plasma, en cómodas cuotas, 20, 30 cuotas. Entonces, uno de los efectos en los sectores populares es la profundización del capitalismo y del sistema financiero, que provoca una explosión de tarjetas de crédito entre sectores que no tenían, y/o que eran muy escasas entre los sectores populares. Pero a su vez, provoca una situación de endeudamiento: los beneficiarios de las políticas sociales empiezan (o pasan a ser cada vez más) a ser prisioneros del sistema financiero.

Y, en tercer lugar, lo que provoca es un cambio en las actitudes y en la conciencia, por la cual estas personas comienzan a sentirse parte de la sociedad, pero a través del consumo, no parte de la sociedad porque tengan “derechos”... Siempre fueron excluidas, en general, su mayoría, son negros y negras, que viven en las periferias urbanas y son pobres, y además marginalizados por la “sociedad noble”, como le llaman en Brasil. En Brasil se les llama “barrios populares” y “barrios nobles”, a los barrios de población blanca. Es algo tremendo: es la nobleza del color de la piel. Entonces, en esta situación, hay una cultura de consumo y de creerse parte de las clases medias, no siéndolo. O sea, lo que Lena Levinas llama una integración a través del consumo. Esto para mí es diabólico,

porque desarma cualquier actitud de conciencia de clase, o de opresión racista, porque la integración es precisamente a través del mecanismo de consumo, no de la lucha, no de la organización. Esto me parece que es un cambio en el comportamiento muy fuerte, que tiene impactos muy profundos y que hoy se están notando, porque todo este sector, o buena parte de este sector que se integra a través del consumo, no está organizado, a diferencia de los años '60 y '70, donde este sector estaba muy organizado en comunidades eclesiales de base en la CUT, en los Sin Tierra, etc. Hoy la organización es muy pequeña en estos sectores.

En las clases medias tradicionales, que en general son profesionales, y que vienen de su tradición de acceso a la universidad, lo que se produce es lo contrario: un rechazo a la incorporación de los sectores populares a “sus universidades”, a “sus espacios privados”, como aeropuertos, etc. A modo de ejemplo: estuve en la playa de Leblon, que hace 40 años era un sitio exclusivo en Río de Janeiro, y ya ha dejado de serlo, pues se ha creado la línea amarela, que es una línea de autobús que va de la periferia a la playa, (que en realidad está pensada para que las empleadas domésticas y los obreros de la construcción que viven en la periferia de Río lleguen a los barrios de clase media y media alta, a trabajar), pero a la vez, con ella, los fines de semana, la playa de Leblon está llena de sectores populares. Entonces, hay un rechazo de todos esos sectores a la presencia de los pobres que tienen otro color, que tienen otra forma de comportarse en los espacios públicos, lleguen a ocupar esos espacios. Entonces, esto genera una derechización muy fuerte de este sector, que se empezó a manifestar en el 2013, en paralelo al aumento de las luchas sociales. Básicamente son hombres, blancos, con enseñanza académica, con enseñanza superior, que crearon el movimiento Brasil libre, con toda una camada de líderes nuevos, con un discurso ultraliberal y muy reaccionario, y que hoy son los que desembocan en la campaña de Bolsonaro; y que, más allá del personaje Bolsonaro -y esto es lo interesante-, el Bolsonarismo, como dice Pablo Ortellado, del Folha de Sao Paulo, está generando una metástasis en la sociedad brasileña, que ya está fuera de control del propio candidato. O sea, es este sector el que crea este fenómeno electoral y no al revés. Es probable que Bolsonaro termine siendo presidente. Pero aunque termine siendo presidente Haddad (el candidato de Lula), va a enfrentarse a un parlamento de derecha, un parlamento muy reaccionario como al que se enfrentó Dilma, con muy pocas posibilidades de gobernar.

En ese sentido, quienes pensamos que se acabó el ciclo progresista. Esto es independiente de quien gane las elecciones, porque quienes pensamos así, sostenemos que hay una razón estructural para que se haya terminado el ciclo. El ciclo no se termina porque haya tal o cual presidente, sino porque hay razones estructurales. Ya no es posible seguir mejorando la situación de los pobres en base a un consenso, que se llamó el “Consenso Lulista”, que beneficia a todos. Ahora lo que está en la orden del día es la vieja lucha de clases: un enfrentamiento de clases, de géneros y de colores de piel. Porque no nos olvidemos que uno de los sectores más fuerte en la campaña contra Bolsonaro son las mujeres, los LGTB, las lesbianas, gays, trans, etc., que están haciendo una campaña muy fuerte contra un candidato que representa una actitud fuertemente patriarcal y militarista.

EPS: Quería volver sobre el planteo que hiciste respecto de la integración de los sectores populares vía el consumo, porque me parece que eso es como un parteaguas al interior de los balances que se hacen desde “las izquierdas”. Por un lado, tendríamos una izquierda que llamamos la izquierda oficialista, que señala eso como un gran mérito, como el principal logro, quizás, de los gobiernos progresistas, del lulismo en particular; y por otro, hay sectores que somos mucho más minoritarios y o con poca resonancia, que planteamos eso, como principalmente vos lo señalaste, como el craso error político de estos gobiernos. Frei Betto, hace poco había planteado que “no se debe cultivar en el pueblo una esperanza



de vida burguesa”⁴. ¿Cómo ves la lectura de los gobiernos progresistas desde estas distintas izquierdas sobre este punto?

R.Z.: Voy a dividirlo en varias partes: La primera es que, bajo el progresismo, la desigualdad no cedió, no disminuyó. Cuando se hacen estudios y se dice el progresismo disminuyó la desigualdad, lo que consideran es el universo de los ingresos salariales, desde los salarios más altos de la gerencia y los más bajos, porque en realidad el progresismo mejoró el salario real considerablemente, y el salario real subió por encima de la inflación. Pero si tomamos en cuenta los estudios sobre el 1% en la onda de Piketti, los mismos sostienen que -tanto en Brasil como en Uruguay, con datos fehacientes, tomados no por encuestas de hogares, sino por declaración de la renta del 1%- la desigualdad permaneció estancada. No hubo ninguna disminución de la desigualdad, y esto es importante tenerlo en cuenta para desmentir eso.

En segundo lugar, nosotros observamos que, por las mediciones que hay, la integración de las personas a través del consumo (y esto ya lo planteaba Pasolini), producen una profunda despolitización y pérdida de la identidad, porque en el lugar del consumo no hay clases, hay tarjetas o billeteras. Hay consumidores cuyas diferencias culturales, sociales, de formas de vida, son aplanadas por el mercado y por el consumo. Y esta despolitización y desidentificación que produce el consumismo es un elemento tremendamente negativo tanto para la autoestima como para los sectores populares, que solo a través de la lucha y la organización pueden transformar su situación en el mundo.

Te doy un dato que lo estaba mirando ahora: cuando llega Lula al gobierno, el crédito en Brasil representaba el 22% del PIB, y en el 2014 llega casi al 60%. Quiere decir que hubo una expansión brutal del crédito. Entonces, ahí estamos en una situación dramática, porque esa expansión del crédito en los sectores populares es consumismo y es el abandono de la organización. Yo recuerdo que hace unos años hubo una discusión pública entre Mujica y Cristina Fernández, en las cuales Cristina hacía una loa al consumo, y Mujica le decía que no, que el consumo es negativo. Yo, más allá de las diferencias que tengo con Mujica, en ese punto me parece que es correcta su apreciación, porque el consumismo es el triunfo de la mentalidad capitalista en los sectores populares, y eso es algo que debe ser discutido, que debe ser parte de una discusión política. Digo, la política no es sólo lo que hacen los partidos, o lo que hace en el escenario público. El consumismo es una de las peores facetas de la política capitalista entre los de abajo. Y yo creo que ahí hay una inflexión brutal del progresismo, -y esto lo extiendo a Bolivia, Venezuela, a cualquier lugar-, pues, en el fondo, consideran que el socialismo es fruto del reparto de la renta y no del trabajo. Si uno va a Marx, verá que el socialismo es fruto del trabajo colectivo, porque además la expropiación de los expropiadores se puede hacer una vez. Vos podés repartir la tierra una vez, después tenés que laburar la tierra. Entonces, esa loa, ese canto al consumo en detrimento del trabajo, es una concesión político-ideológica al capitalismo de la peor manera, aunque se haga bajo un discurso de justicia social, o lo que fuera. Creo que ahí hay una dejación de principios realmente lamentable.

EPS: En ese punto, Raúl, ¿Qué balance hacés en términos de los movimientos sociales en Brasil? En tu libro, “Brasil potencia”, hablabas un poco de estancamiento y retroceso de las luchas. Aparte de esta crítica, ¿Cómo ves el proceso desde los movimientos y los sectores populares en estos últimos años en Brasil?

4 “Frei Betto: no se debe cultivar en el pueblo una esperanza de vida burguesa”. Entrevista realizada a Frei Betto por Elson Concepción Pérez, publicada en el Periódico Granma el 28/08/2018. Disponible en : <http://www.granma.cu/mundo/2018-08-28/frei-betto-no-se-debe-cultivar-en-el-pueblo-una-esperanza-de-vida-burguesa-28-08-2018-18-08-44>. Fecha de Consulta : 20/11/2018

R.Z.: El punto de inflexión es junio del 2013, cuando se produce esta masiva movilización: básicamente 20 millones de personas, durante 1 mes, se manifiestan entre 150 ciudades, inicialmente en contra del aumento del precio del transporte, pero rápidamente derivan en una movilización contra la represión de la policía militar, que es brutal en Brasil, y contra la desigualdad.

Aquí se produce la inflexión principal. Porque, por un lado, esta masiva irrupción de gente en la calle pone de manifiesto sectores que no habían sido contemplados por el gobierno del PT, y que además asustó al gobierno del PT enormemente. Pero, en segundo lugar, hay, a partir de la segunda semana de movilizaciones, un desembarco masivo de militantes de la derecha dura en las movilizaciones, con banderas de Brasil, con los colores verde-amarelo, expulsando de las movilizaciones a las banderas rojas y a los militantes de la izquierda, y apropiándose de la calle por primera vez en décadas, en Brasil. ¿Por qué fue esto posible? lo que hay que ver es un análisis medio detallado sobre qué hizo la derecha bajo el Lulismo y veremos que esa derecha se convirtió en una derecha militante, financiada por centros de formación, de pensamiento, algunos vinculados a los EEUU y a los hermanos Koch, de la derecha dura estadounidense, que ganaron varias universidades y desplazaron a la izquierda de los centros de estudiante en varias universidades, principalmente de la de Brasilia, que había sido un baluarte de la izquierda.

Esto se suma, a lo que ya hemos referido sobre el proceso de cooptación de los movimientos sociales por el PT, con cargos en los gobiernos, con subsidios, etc., y de desorganización del mundo popular, precisamente por efecto del consumismo del que hablábamos. Esto facilitó que la nueva derecha entrase en un lugar que era prácticamente un desierto desde el punto de vista del movimiento popular, porque no nos olvidemos que los Sin Tierra están en las áreas rurales, pero acá la disputa fue en las zonas urbanas, en las grandes ciudades. Y en las grandes ciudades (fuera de pequeños grupos que luego crecieron como el Movimiento Sin Techo, de pequeños grupos de mujeres y de jóvenes universitarios), el mundo popular, el gran mundo popular, fue vaciado, y fue siendo progresivamente ocupado por las iglesias pentecostales y el narcotráfico, que ahora trabajan juntos. Hay una alianza en Brasil muy sui generis, pero que también se registra en Colombia, entre las iglesias pentecostales y los narcos. Los pentecostales abrieron decenas y decenas de capillas en las cárceles, por supuesto en las favelas, pero también en las cárceles de Brasil, que es una de las poblaciones con mayores índices de encarcelados en el mundo. Y ahí tenemos una alianza que opera fuertemente en los sectores populares y que desplazó a la izquierda. El propio Frei Betto lo plantea: ahí donde antes había comunidades eclesiales de base, de la teología de la liberación, ahora hay pentecostales que tienen una práctica y un discurso completamente diferentes, y que son ultra capitalistas, porque es el “resuelva los problemas ya”, el “llame ya”, trasladado a la fe y a la política, con resultados notables. Porque todo este ascenso de Bolsonaro se produce a caballo de las iglesias pentecostales que tienen un poder muy grande en Brasil en el terreno mediático, pero también en el terreno organizativo.

EPS: Yendo un poquito más a todo lo que significó y lo que significa Brasil en el plano más geopolítico, en el plano del capitalismo, mirando Brasil no tanto para adentro sino más en la región y en el sistema mundo, justamente desde el título de tu libro, que es del 2013, decías ahí que Brasil es uno de los pocos países del mundo que está escapando de la periferia. ¿Probablemente esa haya sido la visión o la aspiración del PT? ¿O no? Y, ¿Qué pensás ahora de esta mirada desde el 2018 sobre ese análisis? ¿Eso ha sido un proyecto? ¿Algo se ha avanzado, o no? ¿Ha fracasado? ¿Cómo ves eso de salir de la periferia?



R.Z.: Bueno, primero tendría que considerar y reconocer que es un error de mi parte, una sobreestimación del proyecto Lulista en el terreno geopolítico. El gobierno del PT hizo una serie de elaboraciones muy profundas y muy interesantes, que era la alianza de los BRICS, en la cual el que fue ministro y canciller de Brasil, Celso Amorim, jugó un papel muy importante, tanto en la creación de los BRICS, como en la generación de una industria de avanzada vinculada al complejo militar industrial, por la cual Brasil se proyectaba como una de las potencias militares del planeta. Pero también ese proyecto iba de la mano de una expansión brutal de la exportación de soja y de otras comodities. Evidentemente, hay ahí un error mío de apreciación, y es el siguiente: un país que se basa en la exportación de comodities no puede salir de la periferia de ningún modo. El contraejemplo más claro es China, ¿verdad?. Es todo muy discutible, se trata de una sociedad muy opresiva, pero básicamente, China digamos que puede salir del rol periférico porque apuesta a las industrias; a las industrias y al conocimiento. En China se reciben 1 millón de ingenieros por año. El desarrollo de las tecnologías, de la investigación y desarrollo en China es muy alto. Entonces, ahí hay una apuesta muy fuerte a la inteligencia artificial; a las industrias que la colocan en la vanguardia en temas como energía eólica, energía solar, trenes de alta velocidad, etc., y eso es lo que le permite a China salir de la periferia, dejar de ser periferia.

Brasil no. Brasil se remacha en el lugar de la periferia, pero busca negociar su lugar de dependencia en mejores condiciones creando un proyecto como la UNASUR, que podría haber sido interesante, pero que hoy, al calor de la crisis de los gobiernos progresistas y de la inoperatividad de la UNASUR, queda muy claro que era un proyecto con patas muy cortas. Básicamente, porque era un proyecto de gobiernos pero no de estados, y el proyecto de la Unión Europea nos enseña que no puede haber un proyecto de integración regional que se mueva al vaivén de los cambios de los gobiernos. Y, además, hay otro factor estructural: en Europa, en la UE, el 60% de las exportaciones son intrazona, o sea, España exporta el grueso de su producción a otros países de la UE, e importa de allí. Y lo mismo pasa con Francia, con Italia, con Alemania. En nuestro caso, el comercio intrazona sudamericana no llega ni al 10%, y eso es una base muy poco sólida para una integración regional.

EPS: Vos lo planteás como un error de apreciación tuyo, pero realmente, en el 2013, viendo el contexto y todo eso, tu análisis resultaba muy verosímil, muy consistente. Las contradicciones y o tensiones que luego saltan a la vista, estaban ahí, pero bastante poco visibles: por un lado, la reafirmación de la burguesía paulista, pero, por otro lado, el núcleo agroindustrial y primario exportador muy fuerte. En otro sentido, un proceso de extranjerización parcial de la economía brasileña, pero también el surgimiento de las translatinas brasileñas, que a través de las mega obras de infraestructura empiezan a tener proyectos expansionistas en toda América Latina. Entonces, ahí hay elementos para decir un poco realmente había un proyecto subimperialista, ¿no?

R.Z.: Sin duda, si. Había bases para pensar eso, pero bueno, no se cumplió.

EPS: Y porque esta es un poco la lectura que hacen ciertos sectores también de la izquierda oficialista señalando que el “impeachment” a Dilma y todo el proceso que se abre con el Lava Jato y todo esto, forma parte de una movida del imperialismo norteamericano para desestructurar algo que se estaba armando, según ellos, que tenía que ver con una burguesía autónoma basado en un grupo, un conglomerado de empresas transnacionales, más regional, que tenía proyectos políticos más independientes o contrarios a Estados Unidos, probablemente ligados a cierta injerencia china, y que todo esto se vio desbaratado ¿no? Básicamente por el viejo y remanido imperialismo Norteamericano. ¿Cómo ves esas

lecturas?

R.Z.: Yo creo que hay una sobreestimación de la fuerza del imperialismo. En la primera entrevista que le hace Rafael Correa, luego de presidente, para los medios rusos a Chomsky, y dice: “bueno, Estados Unidos está dando golpes de estado en América Latina”, y Chomsky dice “no, no se confunda, hoy Estados Unidos no tiene la fuerza que tuvo en otros tiempos para dar golpes de estado”. Entonces, me parece que tiene razón Chomsky, y creo que la clave de lo que pasa en Brasil hay que buscarla en Brasil, y no en el imperialismo norteamericano. Por supuesto, si hay un gobierno más a la derecha, Estados Unidos puede sentirse feliz y apoyarlo, pero la fuerza motriz de la derechización en Brasil es brasileña y la clave de esta derechización hay que buscarla en Brasil. ¿Por qué hoy la burguesía brasileña y las clases media altas, y los universitarios, emigraron del partido de la social democracia de Fernando Henrique Cardoso a Bolsonaro? Bueno, eso hay que responder: ¿Qué pasa en esa sociedad para que haya una derechización tan fuerte? Y eso tiene que ver con varios elementos. Uno es el ‘empoderamiento’ creciente de los sectores populares en Brasil, que mencioné antes: el hecho de que salgan de sus favelas, vayan a las universidades, a los aeropuertos, playas exclusivas antes de la burguesía, pero tiene que ver también con que hay una creciente insubordinación de los trabajadores de las camadas más pobres que los lleva a exigir cada vez más, trabajar cada vez menos, a que una de las formas no institucionales de la lucha de clases, que es el ausentismo laboral, el paro salvaje de brazos caídos (el ir al trabajo y no trabajar, o llegar tarde), etc., etc. Esas formas de resistencia son cada vez mayores porque el sistema y el modelo extractivo al 60 o 70% de la población no les deja otro lugar que la subordinación. Entonces, este modelo es el que está generando niveles muy altos de resistencias informales o no organizadas tradicionalmente en los sindicatos. Yo creo que aquí hay una respuesta muy consciente de los empresarios. Es curioso, pero en Brasil han sido los empresarios de la industria, los más anti-Lula y los más anti-PT mucho más que el agronegocio. El agronegocio, a través de Kátia Abreu se mantuvo hasta el final (Kátia Abreu es una amiga de Dilma Rousseff, fue gestora del agronegocio muchos años, y sigue siendo), se mantuvo el agronegocio, no fue beligerante para el Lulismo y se mantuvo en el gabinete de Dilma hasta el final. Y esto es importante, porque ha sido esa industria que tiene que lidiar con los trabajadores asalariados, una de las claves de la destrucción de Dilma en Brasil. Por otro lado, creo que el tan mentando golpe, hablar de golpe de estado cada tres minutos, no ayuda a comprender la realidad ¿verdad? Yo les pongo un caso: La destrucción de Dilma fue legal pero ilegítima, porque no había argumentos. La hizo el parlamento por mayoría absoluta de dos tercios, pero fue ilegítima. Si eso es un golpe, yo les diría: cuando el parlamento español destituye a Rajoy y pone a Sánchez, ¿Eso es un golpe también? ¿Verdad? Porque el argumento podría usarse también en sentido contrario. No podemos hablar de golpe cuando un Parlamento destituye a un presidente que nos gusta por uno que no nos gusta, pero no considerarlo golpe cuando sucede al revés. Entonces, yo creo que ese tipo de análisis, como los análisis que atribuyen todo el crecimiento de la derecha a los medios de comunicación, son análisis que tienen patas muy cortas, y me parece que en este periodo de lo que se trata es de comprender las razones de la sociedad para girar de manera tan brutal a la derecha.

EPS: Ya, por último, relacionado con esto, otro tema parteaguas en las posiciones y los análisis es el tema de la corrupción, ¿no? Predominan lecturas bastante binarias respecto del Lava Jato y el papel de cómo interpela a los sectores de izquierda la cuestión de la corrupción. Se habla de un partido judicial aliado a los medios de comunicación hegemónico que están activando un ataque a las fuerzas de izquierda, a los progresismos, y eso desemboca en posturas apologeticas muy herméticas, acriticas. ¿Cómo ves el tema



del papel de la corrupción? ¿La cuestión del Lava Jato, desde una perspectiva política?

R.Z.: Yo no tengo duda que la corrupción existe y existió, claramente, porque está documentada además en el caso de Brasil. Existe en Venezuela, existe en Argentina. La corrupción es estructural. Podríamos hablar horas de esto. La particularidad de lo que sucede respecto a la justicia con el progresismo es la unidireccionalidad, y/o un uso abusivo de las denuncias, o de los juicios por corrupción, en un sentido partidista, en este caso contra el PT. Lo que no me permite decir que esa corrupción no haya existido, sino que se la utiliza, se la manipula políticamente. Y bueno, me parece que eso está muy mal, pero eso no avala al progresismo a negar la corrupción. Esto, afortunadamente, lo han dicho Leonardo Boff y Frei Betto. Acá falta autocrítica.

Mi posición es que, en el fondo, una nueva clase social, como los gestores, necesita de una suerte de acumulación originaria para escalar en el poder. Y esa acumulación originaria es la corrupción. En Brasil, a través de las obras, de los contratos de construcción de infraestructura -como es ya un hecho universal, en todo el mundo- permiten que haya coimas, ligadas a la financiación de la política; en la época de Menem, se le llamaba robo para la corona, ¿verdad?. Bueno, eso sigue haciéndose, pero además veamos que las nuevas clases de gestores, la “boliburguesía” bolivariana, en Venezuela; el entorno de Daniel Ortega y Rosario Murillo, en Nicaragua; el caso de los gestores del PT, ascienden a ese lugar gracias a esa suerte de acumulación originaria, que es la corrupción. Entonces, así como la oligarquía ascendió al rango de clase dominante apropiándose de las tierras, de los bienes de los pueblos originarios, y produciendo un genocidio, bueno, esta nueva clase de los gestores utiliza la corrupción. Lo cual me parece que es parte de la historia: el imperio británico usó y abusó de la piratería, ¿verdad?, e incluso institucionalizó a la piratería para desplazar al imperio español y portugués, y así sucesivamente. O sea, esto es parte de la historia y me parece que hay que entenderlo de esa manera, por supuesto sin justificarla. Esta es la crítica que hay que hacer.

EPS: Bueno, Raúl, por último, quería preguntarte sobre esta cuestión que estas planteando, más hacia el interior de los movimientos, de los sectores, de los sujetos individuales y colectivos, que aspiramos a una transformación de este mundo: ¿qué pensás sobre el papel de la crítica para las izquierdas? Porque, de un lado vemos la necesidad de la crítica como un elemento central de una pedagogía política que nos permita, de alguna manera, salir de este atolladero del capitalismo y colonialismo patriarcal, y por otro lado, se ve que hay ciertos sectores de izquierda que piensan que la crítica, en vez de fortalecerlos, les hace “el juego a la derecha”, que se trata de un izquierdismo infantil, irresponsable, etcétera. Bueno, ¿Qué tema difícil el de la crítica al interior de la izquierda, no?!

R.Z.: Si uno revisa los textos de Marx, se va a encontrar con un hecho muy sorprendente: el grueso de las críticas de Marx no estaba dirigido a la burguesía, a la derecha, a las monarquías; eso se daba por sentado. Y todo su trabajo teórico era para mostrar que existía la explotación, que existían diversas formas de opresión, etc. Pero cuando hay un texto político crítico, la gran mayoría son dentro del campo antisistémico: a los errores de la socialdemocracia, a las concesiones teóricas, a las concesiones políticas. Ahí es donde está el grueso del trabajo de Marx, ¿verdad?. Cuando uno lee la Crítica del Programa de Gotha, o la Crítica del Programa de Erfurt, o El señor Vogt y otros textos de Marx y Engels, están muy focalizados en el debate dentro de nuestro campo, dentro del campo popular o de las izquierdas. Lo que pasa es que ahora ha surgido una camada de intelectuales, que no son intelectuales, son más bien mercenarios, que trabajan para ciertos gobiernos, que reciben dinero y/o diferentes prebendas de gobiernos; y que, además, han diluido la crítica al interior del campo popular. Para ellos, todo el problema es la derecha.

Por supuesto que la derecha es un problema, pero eso el ABC. Pero uno no puede dejar de criticar, primero, el límite número uno, la represión. Uno no puede silenciar la represión de regímenes como los de Ortega o los de Maduro. Puede haber errores, yo puedo discutir si Mujica se equivocó en esto o lo otro, pero la represión es un límite que uno no puede dejar pasar, la represión, las violaciones a los derechos humanos, los crímenes de lesa humanidad... Decir que quien se manifiesta es agente del imperialismo, eso provoca una pérdida de credibilidad total.

En segundo lugar, cuando nosotros vemos que los gobiernos progresistas han administrado progresistamente el modelo extractivo, nosotros tenemos que decirlo con todas las palabras. Hay un problema básico, y es que los gobiernos progresistas han atornillado nuestros países al modelo extractivo. Que en Venezuela, cuando sube Chávez, el 90% de las exportaciones sean petróleo, y que hoy el 99% de las exportaciones sea petróleo, quiere decir que durante veinte años se mantuvo una profundización de la dependencia extractiva, del extractivismo. Y eso hay que decirlo, hay que denunciarlo y hay que criticarlo, como hoy está el tema del arco minero del Orinoco, que profundiza el extractivismo en Venezuela, y ni qué hablar en Brasil. Entonces, aquí hay un problema de fondo, que es que sin la crítica no hay cambio, no hay mejora de la situación. La crítica y la autocrítica, porque el problema de la crítica es que nosotros no distinguimos crítica y autocrítica. Y cuando nos equivocamos, lo decimos.

Y en este periodo histórico, además, como tú mencionabas, de crisis múltiples, crisis política, pero cuando hay una crisis de la civilización occidental, moderna, capitalista, patriarcal, colonial, la crisis civilizacional es también una crisis del pensamiento crítico, y entonces nosotros no podemos mirar para otro lado. Nuestro pensamiento, ya sea de cuño marxista, anarquista, socialdemócrata, o lo que sea, nuestro pensamiento ilustrado, post hegeliano o post revolución francesa, está en crisis, y eso también tenemos que someterlo a análisis. Sería un oportunismo imperdonable pensar que el problema es de la derecha, que genera en las sociedades y en sus futuros, y el obviar la crítica y la autocrítica nos lleva a un callejón sin salida. Bueno, como Macron es menos malo que Le Pen, voto a Macron, y le hago campaña por Macron, por ejemplo, ¿no?. Y termino en un lodazal, infame, blanqueando el sistema en vez de profundizando la crítica al sistema.

